

ESTACIONES

Como príncipe del invierno, Niki tiene que llevar la nieve y la fría brisa al otro lado del mundo. Sin embargo, siempre permanece en el mismo lugar hasta el último momento para ver los árboles retoñar y los capullos florecer.

La primavera es hermosa. El joven siente una pena enorme cada vez que debe irse, pues le gusta ver cómo el hielo comienza a derretirse y las aves salen a calentar sus plumas. El trabajo que tiene pendiente en otras partes del globo junto con su naturaleza helada no le permiten quedarse mucho tiempo. Aun así, extiende su estadía lo más que puede hasta que él aparece.

Sunoo es el príncipe encargado de darle vida a todo lo que su opuesto destruye con su gélido invierno. Es un verdadero espectáculo; Niki se maravilla al ver las manos de este actuando sobre flores, arbustos y frutos. Incluso los animales se le acercan esperando sentir la calidez que de él emana. El príncipe del invierno se pregunta cómo será sentir la primavera.

—Creía que ya te habías ido, Niki.

Este se sobresalta desde su escondite tras un árbol de ramas secas. Sunoo no ha llegado a verle directamente, pero ha sentido su presencia.

Las conversaciones entre ambos, generalmente, son esporádicas y cortas. A Niki no le gusta interrumpir el trabajo del muchacho frente a él, y tampoco le gusta sentir que su corazón en cualquier momento podría salir de su pecho.

—Por lo que veo, tus latidos son más rápidos cuando el sol de la primavera está cerca de ti. —El príncipe de la primavera ríe suave y delicadamente.

<<Más bien cuando tú estás cerca de mí>>, piensa Niki.

Carraspea un poco y da unos pasos para estar a tan solo un par de metros de Sunoo.

—Disculpa, no quería interrumpir. —Confiesa un poco avergonzado. —Me gusta ver la llegada de la primavera.

El príncipe de ondulaciones castañas le mira por primera vez y la sonrisa que le muestra pone en vergüenza al sol. La elegancia del invierno es inigualable; ríos congelados, campos del más puro blanco, copos de nieve... Pero el mismo portador de los vientos norteros está seguro de que nada se asemeja a Sunoo y su sonrisa. No bromea cuando lo compara con la belleza de la vida misma.

—Hoy tengo un regalo para ti. —Anuncia en tono risueño.

Niki deja de admirar al príncipe mientras juega con sus dedos nervioso, cuando siente que este se acerca a él con algo entre sus manos; una margarita.

Un jadeo involuntario escapa de sus labios cuando Sunoo extiende ambas palmas para enseñarle orgulloso todos los detalles de sus pétalos blancos y su centro amarillo. Unas gotas de rocío permanecen sobre la flor y Niki las compara a las estrellas del cielo en una noche despejada.

No puede resistirse y sus dedos se aventuran a tocar la flor, sintiendo escalofríos cuando el calor que emana Sunoo impacta sobre su piel.

Así como las estaciones jamás se mezclan, los príncipes de las estaciones tienen prohibido tocarse. Ambos están peligrosamente cerca. En el lugar en el que se posan los pies de Niki termina la nieve y el pasto verde comienza justo donde Sunoo se mantiene erguido y con una impecable postura.

—Puedes llevártela. El rocío le permitirá vivir unos meses contigo a pesar del frío.

Mientras habla, ladea la cabeza con una suave sonrisa en sus labios. Sus ojos son ahora una fina y adorable línea.

Aprovecha y deja la flor sobre la palma del príncipe del hielo, que ni siquiera puede respirar. Así como el invierno, Niki es tímido y reservado; todo lo contrario al brillante y risueño príncipe de la primavera.

—Gracias. —Dice. Sus dedos acarician de nuevo la flor y se sorprende al sentir un tibio calor emanando de ella. Ese obsequio es, de alguna manera, una parte de Sunoo. —Creo que ahora puedo partir en paz.

—¿Piensas que un copo de nieve se derretiría muy pronto en primavera?

Niki no entiende la pregunta al principio. Está demasiado perdido en la súbita adrenalina que ha puesto su sangre fría a correr en un santiamén. Pero entiende el sentido de su cuestión cuando ve que Sunoo ya no se atreve a mirarle y que sus mejillas han tomado un adorable tono rojo.

—No si lo hago con mis propias manos.

Y cuando abre su puño, el castaño jadea de la sorpresa al ver un precioso copo de nieve insertado en un broche de plata. La sonrisa que Sunoo le regala brilla casi tanto como el objeto en manos del rubio.

—Mil gracias. —Dice. El sonrojo pronto tiñe sus orejas cuando Niki atrapa unos mechones castaños con el broche y se aleja dando un paso para admirar su trabajo.

—Hermoso. — El príncipe del invierno no consigue detener las palabras que escapan de sus labios. Sunoo vuelve a sonreír y Niki siente su corazón latiendo dolorosamente en su pecho. —Pero es hora de irme; mi trabajo aquí ha terminado.

—Lamentablemente sí. —Concuerda con una risita tierna. — ¡Nos vemos en un tiempo, Niki!

Este hace una reverencia. Vuelve a mirar directamente a los ojos del príncipe de la primavera y queda maravillado ante la intensidad del color avellanado que portan. Procede entonces a dar la vuelta y alejarse, porque sabe que la llegada de la primavera

no ha de retrasarse. Tras él la nieve y el frío van desapareciendo, pues según Sunoo camina, el cielo se vuelve azul y la vegetación cobra vida.

Quizá esa es la parte más triste del equinoccio de primavera, ver cómo el esbelto y frío príncipe se aleja y, por más que quiera seguirlo, solo consigue alejarlo más y más. Sus dedos van hasta el broche por instinto, sintiendo el hielo mojando sus dedos. Su corazón revolotea como un colibrí encerrado en su pecho.

El broche, más que un regalo, es una promesa de que se verán pronto. Lo mismo ocurre con la margarita, la cual el portador de los vientos norteros protege entre sus dedos mientras continúa su travesía.

Sunoo coloca una brillante sonrisa en su rostro, guardando con especial cariño la promesa silenciosa de Niki en su mente.

Nico